

---

## JULIO SCHERER O LAS INTENSIDADES DEL PERIODISMO

---

Porque no he venido de la sombra al momentáneo escándalo del crimen sino de esa especie de eternidad que es la fama a esta otra especie de eternidad que es la infamia.

Oscar Wilde

La frase de Wilde citada, forma parte de su *Epístola: In carcere et vinculis*, conocida más ampliamente bajo el nombre que le otorgó Robert Ross (Robbie), amigo y editor póstumo de Wilde: *De profundis*. Páginas que el autor irlandés escribió durante su último año de confinamiento en el penal de Reading, en 1897. Líneas adelante Wilde abunda en su perplejidad: entre el famoso y el infame y sólo hay un paso. El sentido profundo de estas palabras me conduce a otras: las que relatan la muerte de Iakov, hijo de Stalin, ocurrida luego de arrojar su cuerpo contra las mallas electrificadas de un campo de concentración alemán. Milán Kundera, por cuya versión imagino la muerte de Iakov, refiere el deceso para proponernos un sentido: Iakov decide morir cuando reconoce que entre los ángeles y el demonio *sólo hay un paso*.

Iakov es hijo de Stalin, es soviético y es prisionero de un país en guerra contra su patria y contra su padre. Wilde es el mayor escritor inglés de su época, es homosexual y es amante de un joven poeta de figura luminosa cuyo padre, el marqués de Queensberry, lleva a Wilde a la cárcel luego de un juicio que es, en verdad, y según la versión que Wilde creyó hasta su muerte, una querrela de odios entre el marqués y su hijo —Lord Alfred Douglas, “Bosie”.

Iakov pierde la razón ante la insoportable levedad del ser; Wilde, espíritu superior, redacta una carta pródiga con el objeto de otorgar un peso y un sentido a los acontecimientos que a partir de 1895 precipitaron al abismo su prestigio social y su carrera literaria. Iakov es víctima de una tragedia que no comprendió; Wilde es víctima de una tragicomedia cuyo significado quiso trastocar. En ambos casos, la pérdida de la libertad individual es un absurdo. Iakov responde al absurdo con un gesto mudo que se vuelve un símbolo: su suicidio en las mallas electrificadas; Wilde, por su parte, trata de conjurarlo. En profundidad, ambos son hermanos en la misma cofradía: apenas el absurdo se cierne sobre ellos, abandonan los caminos de la historia y la convivencia pública para asomarse, ciegos, a los de la poesía.

Everardo Espino de la O fue responsable del Banco de Crédito Rural y de la Comisión Nacional Azucarera durante la gestión del presidente López Portillo. Cumplió además una función extraordinaria: manejó discretamente fondos públicos a través de sus

cargos con el propósito de financiar actividades partidistas del instituto político oficial, y acciones en favor del gobierno. Entre estas últimas, la prensa nacional tuvo una responsabilidad preponderante. Espino de la O transitó el doble rostro del poder político: el marco legal del Estado y sus caminos subterráneos.

El 8 de enero de 1983, al inicio del siguiente mandato presidencial, Espino de la O ingresó al reclusorio norte de la Ciudad de México. Un día después fue señalado como responsable del delito de peculado en perjuicio de la Comisión Nacional de la Industria Azucarera.

Supongo que Espino de la O contempló, con la misma perplejidad de Wilde y de Iakov, la mínima distancia que separa la fama de la infamia. Supongo que lamentó la deleznable calidad de los esfuerzos humanos ante la superior arquitectura de nuestros destinos. Sin embargo, Espino de la O no conoció el arrebató de la tragedia: es el eje de una oscura pieza teatral cuya trama, al menos como una posibilidad, conocía desde el momento en que decidió interpretar en ella un papel. Las razones de su infamia tienen nombres propios y obedecen a mecanismos comunes de la convivencia política de nuestro país. No puede entonar el hermoso canto de los poetas ante el absurdo ya que su lamentable suerte confirma los supuestos de su actuación, a pesar de su sacrificio político —o en virtud de ese mismo sacrificio.

Imposibilitado para morir junto a Iakov o para continuar la queja de Wilde, Espino de la O permaneció en mitad de un silencio donde habitan una fidelidad insólita, un lento resentimiento, un estoicismo ligero y el vestigio de la resignación trágica.

Julio Scherer debió pensar lo mismo que ahora escribo. Antes que convertirse en el amanuense de una epístola que Espino de la O no podía producir, decidió preparar un reportaje que, a partir de la suerte particular del detenido, documentara y criticara el ambiente político y social que desde hace muchos años, en realidad, ya había condenado a Everardo Espino de la O.

Imagino a Scherer en su minucioso asedio, cada quince días, en las instalaciones del reclusorio. Un asedio al empecinado silencio de Espino de la O que demandaba su testimonio franco y el archivo que detalla sus actividades como responsable de la “caja chica” del régimen; un asedio que conjugaba la entrevista, la sagaz y continua observación, las formas oscuras del cabildeo, la memoria de un espectador tan privilegiado como atento de la vida pública mexicana, y la investigación en el arsenal de la memoria político-periodística del país.

Cuando Espino de la O entregó su archivo a Julio Scherer luego de salir de la prisión, este último procedió a ejecutar el reportaje que preparaba desde 1983. *El poder. Historias de familias*, editorial Grijalbo, cien cuartillas que contienen la relación de las actividades de Espino de la O, sus implicaciones históricas y políticas, un balance de las dimensiones éticas del sistema político mexicano y, con la prosa clara y el diálogo preciso que caracteriza a Scherer, la reseña de su relación con el acusado.

Uno de los ejes temáticos de *El poder. Historias de familia* es su propia imagen: la crítica de la prensa y del ejercicio periodístico. Esta característica del texto de Scherer importa poco por la valoración de su credó profesional —a la madurez del texto periodístico le tiene sin cuidado el certificado aprobatorio de las “buenas conciencias críticas”—; importa por revelarnos el texto periodístico como un espacio reflexivo

cerrado en sí mismo. No es conducto, su texto, de un enjambre de signos externos; es, por su ejecución y su forma, el primero de sus argumentos: es la obra y el esquema de la obra, la creación y los supuestos de la creación. O mejor: el escenario de una reflexión que antecede y acompaña el manejo de los materiales hasta confundirlos, en la obra, con su configuración definitiva y el autor.

Con el propósito de completar una imagen satisfactoria de la complejidad y la profundidad con las cuales Scherer ha ejercido el periodismo junto con la promoción profesional que lo acompaña desde los tiempos del *Excelsior* anterior a 1976, cabe considerar una dimensión que el autor habita con lucidez: el reverso del rostro público del periodismo. *El poder...* parece ocultar más de lo que muestra; sus páginas son poderosas por lo que dicen y exponen lo mismo que por aquello que ocultan y callan. Este doble rostro del periodismo es un rasgo heredado de nuestra política; Julio Scherer ha sido congruente con esa información genética.

Al asumir concientemente los límites de las relaciones del poder en México así como los imperativos de sus propios intereses, Scherer ha ampliado las fronteras públicas de su oficio y, de paso, lo ha convertido en una actividad culta, lúcida, influyente en algunos sectores de la vida nacional, prestigiada y privilegiada. Desde las páginas del periodismo Scherer ha forjado su actual sitio entre las personalidades del poder mexicano, al lado de políticos intelectuales, artistas...

Julio Scherer prefirió las categorías políticas y sociales de un argumento profundamente dramático. Al desestimar la suerte personal de Everardo Espino de la O, Scherer dejó de lado un esquema que hubiera podido servir de línea propiciatoria del interés que despiertan, por lo general, los reportajes extensos. En vez de ello, *El poder. Historias de familia* produce, luego de la veloz exposición de la trama, el sentimiento de la suspensión de la historia, el hastío. Seguimos a Scherer en un monótono rodeo a una idea que por frecuentada termina por diluirse.

No obstante, el destino personal de Espino de la O permanece como un signo de poderosas resonancias dramáticas. Su destino es inquietante, sí no en los registros álgidos de Wilde y Iakov, sí en la penumbra de su declinación irremediable.

Creo que Scherer ha sido conciente de esto. La imagen del acusado puede ser contemplada a lo largo del reportaje como una señal que, página tras página, obsesivamente, insiste en la reducción al absurdo que la dimensión humana sufre ante las relaciones del poder mexicano. Esta aparición libra la lectura de *El poder...* del hastío que la amenaza constantemente.

Olvidaba añadir: Oscar Wilde abandonó el penal de Reading en 1897 para exiliarse en Francia, mudar su nombre, reunirse por poco y amargo tiempo con Douglas, vagar, convertirse al catolicismo y morir en 1900. La infamia no conoce el abandono.

Scherer Julio. *El poder. Historia de familia*, México. Editorial Grijalbo. 1990.

Leonardo Martínez Carrizales